

147

La Novela Corta



LA MEJOR FILM
MARIO SERRAVALLE
CARMEN DE BURGOS

COLOMBINE

10 cts.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

LA NOVELA CORTA

Director: José de Urquía

Para que el lector juzgue la importancia de **La novela TEATRAL**, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar, pero cuya autorización ya nos ha sido oficialmente otorgada.

Cabida.

49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.

Bonaventura.

9. Todos somos unos.-102. La copa encantada.-*El marido de su viuda.

Quintero.

67. Doña Clarines.-71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.

Libros Nuevos.

16. *El Cardenal.-89. La Cizaña.-101. Bodas de plata.

Alcorta.

6. El Lobo.-14. Sobrevivirse.-24. El señor Feudal.-30. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.

Villaseca.

10. El rey Galaor.-23. Aben-Humeya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-*El Halconero.

Ramos Carrión.

84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-*La muerte del juicio.-104. El bigote rubio.-*Los sobrinos del Capitán Grant.-*Mi cara mitida.-*Los señoritos.-*La criatura

Vital Aza.

32. Francfort.-33. La Robotica.-36. Ciencias exactas.-39. La Prayiana.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis miquis.-63. La sala de armas.-*Las

codornices.-*El sueño dorado.-*El matrimonio interino.-*Llovido del cielo.-*El señor cura.-*El sombrero de copa.-*Con la música a otra parte.-*El afinador.-*Perecito.

Ramos Carrión - Vital Aza.

*El señor Gobernador.-*Zaragüeta.-*Robo en despoblado.-*El padrón municipal.-*El oso muerto.-*La ocasión la pintan calva.-*El rey que rabió

Arribas.

2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Dolorettes.-21. La señorita de Trevelez.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

Arribas - García Álvarez.

15. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena.-70. El terrible Perez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz.-87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-*El pollo Tejada.-*El perro chico.-105. Gente menuda.-*El príncipe Casto.

García Álvarez - Emilio Pérez.

8. El verdugo de Sevilla.-19. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.

Pase - Abad.

13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-*La Divina Providencia.-*El infierno.-*Los perros de presa.-*El Paraíso.-*La mar salada.-*La bendición de Dios.-*El asombro de Damasco.-*El tren rápido.-*El velón de Lucena.-*Nieves de la Sierra.-*La alegría del vivir.

COMEDIAS y ZARZUELAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatías.-7. Charito la Samaritana.-18. El hombre que asesinó.-25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-28. La Gioconda.-29. Primavera en Otoño.-31. El misterio del cuarto amarillo.-30. Primerose.-33. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-44. La viejecita.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-59. Gigantes y cabezudos.-73. Trampa y cartón.-74. La Corte de Paraón.-76. El dúo de la Africana.-80. La manía zamorana.-81. Pedro Gimenez.-89. La Generala.-91. La Rabalera.-93. Pepe Gallardo.-*El Húsar de la Guardia.-*Entre parientes.-*La Credencial.-*Los Hugonotes.-*El octavo no mentir.-*Los demonios en el cuerpo.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-*La tía de Carlos.-*La barba de Carrillo.-103. La Tosca.-Pedora.-*Los gansos del Capitolio.-*El director general.-*El crimen de la calle de Leganitos.-*El Revisor.-22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-85. La balsa de aceite.-94. El padrino de *El Nene.-98. El señor Joaquín. 104. La señorita del almacén.

(*) Las obras señaladas con asteriscos es que en breve serán publicadas.

LA NOVELA CORTA

VALLE INCLÁN
M. LINARES RIVAS
y ALBERTO INSUA

publicará en breve originales de

1-8-603147

R. 42.770

LA MEJOR FILM

NOVELA INÉDITA

por

Carmen de Burgos (Colombine)



I

El sol moría tiñendo el campo con sus mancebos rosa, las sombras color marva parecían caer de las montañas lejanas, y la luz del crepúsculo bañaba los árboles y hacía lucir las vidrieras de las casas con sus oros crepitantes. El pueblecillo catalán, formado por una sola calle, o sea por una hilera de casas a ambos lados de la carretera, parecía dormir en el regazo del valle, al cual limitaban la corriente del río y la cordillera de montes azulosos recortados vagamente en el horizonte.

Todo estaba en aquella calle: A un lado el edificio de Correos, la alcaldía y las dos posadas que ostentaban los rótulos de «Gran Hotel»; al otro la iglesia, el teatro, la botica y la escuela, en cuyo edificio estaban también los calabozos de la pequeña cárcel.

El anhelo de buscar el fresco obligaba a los habitantes a salir de las casas y sentarse frente a las puertas, sombreadas por dos filas de árboles que crecían a lo largo de la carretera.

Varias jóvenes y gentes del pueblo paseaban a lo largo de las aceras, y por el centro de la calle transitaba de tarde en tarde un carro con paso lento y perezoso, a merced del instinto de las bestias adornadas, de las que no se ocupaba el carretero, que iba dentro, indiferente a todo, amodorrado y soñoliento.

Aquella tarde había más animación que de costumbre; la curiosidad de los vecinos estaba despierta, era un acontecimiento en su vida monótona e igual la llegada de una compañía de cinematógrafo, que tomaba por escenario los pintorescos alrededores para impresionar sus films.

Todos acortaban el paso al cruzar frente al «Gran Hotel», donde estaba hospedada la compañía a expensas del director, que era quizás el único preocupado de todos, porque los demás tomaban su trabajo con la alegría de una partida de campo o de sport.

Más que una compañía unida y ducha en su oficio, era un conjunto de gentes recogidas y mezcladas de un modo accidental. En su mayoría cómicos, que carecían de contrata por el momento. Artistas principiantes o medianías de tercer orden, actrices y actores dramáticos, galanes jóvenes, coristas y tipos de zarzuela y alguna artista de variedades o muchachita necesitada de ganar unas pesetas con su belleza.

Se veía desde la calle, por las abiertas ventanas, la larga mesa que ocupaban en el comedor del «Hotel». Se habían ido sentando por categorías; esas categorías de que tan celosos son los cómicos y que no olvidaban jamás.

A la cabeza el director, las dos primeras actrices con sus esposos, los hombres y mujeres más caracterizados de la compañía, y después todos los demás, hasta los comparsas y el «chauffeur».

Parecía que la alegría iba creciendo conforme se apartaba de la presidencia. En el otro extremo todos reían, gritaban, pedían platos nuevos y se quejaban de la bazofia desustanciada y escasa que les servían en todas las comidas. Casi todos los hombres que no tenían allí esposas procuraban sentarse hacia aquel lado en el que se colocaban las muchachas más alegres de la compañía.

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son consideradas como tales, bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

Se destacaba entre ellos una francesa alta y delgada, que parecía aún más alta por la desproporción del busto corto, montado sobre unas piernas esbeltas, muy largas, que le daban algo del aspecto de las muñecas de peluquería. Contribuía a la impresión la cabeza de rizos dorados y luminosos que hacían más suave el rostro de tez blanca y rosa, con los ojos de un azul de cristal, de una inocencia de ojos de muñeca, y los labios pintados en corazón con el fuerte lápiz rojo.

Una vida de aventuras y sufrimientos, con días alegres y cambiantes, le habían dado despreocupación y la alegría constante de los que se aturden con ella. De un gran espíritu de asimilación, sabía lo mismo tomar un tinte romántico y semilitario que chulo y procaz, y lo mismo recitaba versos sentimentales que cantaba con su acento francés, arrastrando las erres, coplas andaluzas que acompañaba en su guitarra.

Era ella la que ponía la nota alegre y el aire de aventura en aquella excursión de la compañía. Mientras las otras, hipócritamente remilgadas, hacían melindres, ella todo lo aceptaba con naturalidad. Era la amiga de los compañeros, los trataba con la alegre afabilidad de un buen muchacho.

En el extremo presidencial el cuadro era bien distinto.

Dolores, una de las primeras actrices, pequeñita, un poco rechoncha, de un color moreno sucio, ojos negros saltones y dientes de loba, pasaba todo el tiempo entretenida en insultar a su marido, pobre hombre delgado, calvo y paciente, que soportaba los más groseros epítetos sin mostrar enojo, como si todo fuese debido al nerviosismo que los ejercicios violentos producían a la señora. Nadie como ella para dejarse caer por los barrancos, cruzar la corriente del río o elevarse a pulso para escalar una ventana de un tercer piso con una agilidad de pilluelo mal educado. El pretexto del nerviosismo le servía para ocultar los celos que le producía la belleza de su compañera Margarita, cuerpo de francesa elegante, con una cabeza de andaluza y un aire lleno de gracia y distinción.

—¡Pan!... ¡Pan!... ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Pan!

Todos daban a la vez porrazos en la mesa con los mangos de los cuchillos o el revés de las cucharas, gritando desafortadamente para que trajesen la sopa. Las criadas no empezaban a servir mientras no estaban todos reunidos, y como algunos tardasen, los que llegaban primero se impacientaban. Aquel ruido atronador hizo acudir a los rezagados y que apareciesen las soperas humeantes, llenas de agua caliente, teñida con azafrán, en la que nadaban algunos fideos.

Sólo uno de los comensales había permanecido inmóvil y silencioso, con una mueca un poco torcida en el rostro, como el que se siente molesto por un ruido que le lastima la cabeza. Era un bajo de ópera que ya había pasado la primera juventud y aún conservaba la apostura gallarda y heroica que la ópera exige.

Alto, algo más grueso de lo que hubiese deseado ser, con esa gordura un poco floja de los hombres ajamonados y un rostro triste, desengañado, en el que empezaba a marcarse una ligera demacración; hacía los papeles nobles del virtuoso perseguido o del protector de inocentes que siempre necesita la película. Los papeles de traidor correspondían a un mejicano, cobrizo, de tez manchosa como un lépero, boca grande y movable a compás con los ojillos relucientes, vivos e inquietos. Su rostro arrugado como el de una vieja, con arrugas hondas y expresivas, tenía siempre algo de cómico para provocar la risa, aun en medio de la inmovilidad.

Era su gesto sólo el que disponía ya a encontrar gracia a todo cuanto hiciese. Artista de variedades, su especialidad consistía en la imitación de los animales. Se enorgullecía contando sus glorias. ¡Qué le podían importar a él los aplausos de toda aquella gente ignorante, cuando había tenido el título oficial de «Imitador de animales en la corte del rey de Grecia» y «Saltarín» del sultán Abul-Hamid! Su conversación favorita era describir las grandezas de su vida en Oriente, las representaciones en el palacio de Constantinopla, presintiendo la presencia de las odaliscas ocultas como vestales detrás de una celosía. Aun recordaba con gozo las sonrisas que sus oracias habían arrancado de labios regios, y contaba

sus triunfos cuando después de una representación todos los principitos griegos atronaban el palacio con gruñidos y rebuznos repitiendo el «canto del ruiseñor americano», como llamaba al asno, o del «canario de la Argentina», como había bautizado al cerdo.

Al acabar de comer, en el momento que mayor era la algarabía de las conversaciones que se cruzaban, el director se puso de pie. Era «la orden» para el día siguiente. Sacó del bolsillo unos pedazos de papel de barba del tamaño de una tarjeta y los entregó a uno de los actores, que los fué mirando y dándoselos a los que tenían que trabajar al día siguiente.

«La orden no podía ser más lacónica. El bajo miró la que le pertenecía:

«Señor Vidal. Escena 3.^a, presidiario, Escena 8.^a, sargento.»

Aquellas palabras, escritas con un lápiz borroso, les daban la norma del traje que habían de vestir. Todos aquellos trajes de disfraz los facilitaba la empresa, y los de época actual se los costeaban ellos. Era preciso tener cuidado de no exigir trajes caros a los pobres comparsas, que no podían costearlos con su mísero sueldo. Sanchiz, el mejicano, sostenía que el frac y la levita eran disfraces que tenía que dar la empresa.

Los detalles de los vestidos se consultaban con el encargado del guarda ropa.

Alfonso Vidal se quedó mirando la papeleta.

—¡Vístase usted de presidiario y de sargento sin saber como ni para qué!— murmuró—. Es una estupidez esto de no conocer la obra. ¿Como se va a estar en situación?

Entre tanto las dos primeras actrices se habían acercado celosas a una de la otra para ver sus papeles.

—¿Qué te han dado?—preguntó la más joven.

—Un papel de chucuelo que sorprende el secreto.

—Yo tengo que hacer la protagonista mala, la que vende al Marqués.

Las dos se mordían los labios. A la hermosa morena le hubiese gustado lucir su belleza entre los harapos de su vestido de granujilla. La otra deseaba hacer una gran dama.

Una de las jóvenes saltaba de alegría.

—Yo seré la que se escapa en el automóvil... Mamá, mamá... es menester ver si tengo un jersey y una gorrita.

La francesa estaba contenta; a ella no le tocaba trabajar y oía sonriendo las quejas de una muchachita, de mirar ingenuo y aspecto infantil.

—A mí como siempre... un papel de vieja. Vuelta a ponerme peluca, pintarme los dientes de negro y la cara de todos colores. Me voy a volver vieja de verdad.

La voz del director se dejó oír.

—Señores, como esas escenas pasan al anochecer hay que estar listos al alba.

Todos guardaron un silencio que era la mejor señal de desagrado. El director había aprendido aquella moda de los actores cinematográficos de Italia, que hacían los atardeceres con la luz del amanecer; una luz nueva, más limpia, más lavada, en una atmósfera más pura que la de la tarde. Esto molestaba grandemente a los artistas acostumbrados a ser noctámbulos y perezosos para madrugar.

El más disgustado era Alfonso. El se creía muy superior a todos sus compañeros. Tenía siempre presente los triunfos logrados en los escenarios con la gran «mise en scène» de la Opera, en los principales teatros de Europa cuando tenía toda la fuerza y la pureza de la voz, que desgraciadamente iba perdiendo cada vez más, desde que padeció una traidora pulmonía.

No se consagraba él a la cinematografía solo por el deseo de ganar unas cuantas pesetas y pasar la mala temporada, como hacían los otros. Lo impulsaba a ella un anhelo, un deseo de arte, ardiente y honradamente sentido. Ya que su voz faltaba, aquel arte mudo podía inmortalizarlo. Apesar de su prematura obe-

idad tenía buen tipo, elegante, noble; un gesto bondadoso, expresivo, simpático. La cinematografía era el arte naciente, el arte del porvenir. ¿Por qué no había él de mostrar su alma en sus gestos y hacer una creación que lo inmortalizase?

Triunfar en el silencio, sin el auxilio de la palabra y de la música, triunfar solo por el poder expresivo, por el gesto, era el triunfo que más podía satisfacer. Se explicaba por esto que artistas de fama dejaran el teatro para ponerse delante de la pantalla.

Su desencanto fué cuando vió probar su primera film. Todos lo encontraron bien, lo aplaudieron sinceramente y en la nueva contrata aumentaron su sueldo; pero él no se quedó satisfecho. ¡No era aquello lo que él quería! No era el gesto convencional y amanerado que convence a las muchedumbres lo que deseaba. Quería que le satisficiera a él. Fijar un momento «su momento» de verdadera emoción, de verdadera fuerza, de sublimidad real, para perpetuarlo y verlo reproducirse para él mismo una y otra vez. Pero para expresar aquella emoción era menester sentirla. Tenían que invadir su alma aquellos temblores que lo agitaban cuando encarnaba en los héroes de la ópera, cuando Alfonso Vidal se moría dentro de su traje de actor y tomaba vida en su cuerpo el personaje representado. No sabía que era él, no recordaba la época en que vivía ni los espectadores que lo contemplaban. Por eso vibraba su voz sin saber si cantaba, hablaba o gritaba por su boca la pasión del personaje. Las palabras aprendidas, las notas convencionales, se hacían como palabras y acentos suyos, que brotaban de él mismo.

Aquel entusiasmo no podía tenerlo en el cinematógrafo. No le daban a leer el argumento. El director llevaba cuidadosamente guardado el cuadernito de papel de rayas azules encuadrado con hule. No se les leía más que la escena que debían hacer y no se podía familiarizar con el personaje. A veces en lugar de empezar por la escena primera, para aprovechar un paisaje, se empezaba por la escena quince o la escena veinte.

—Usted hace un conde que saluda a la marquesa y le ofrece un ramo de flores.

Se ponía su frac. Trataba de caracterizarse para representar la edad que le habían indicado, y expresar el sentimiento que debía experimentar hacia la dama.

Pero no lograba tener inspiración, ni siquiera naturalidad. No se conocía. No sabía que había sido antes de aquel momento, dentro de aquella existencia que se le asignaba ni qué sería después. Veía también como extraños a los que trabajaban con él. No le podían interesar aquellas vidas cuyos antecedentes no sabía y cuyo fin ignoraba.

Deseoso de inflamar su entusiasmo trató de poner palabras suyas al film.

Hablando mientras gesticulaba, oyéndose, lograría ponerse en situación, dar mas verdad a aquellas escenas en las que todos los actores se convertían en mánuquis, pero el director no se lo había permitido.

—Una cosa es alguna frase suelta que usted crea conveniente y otra ese continuo hablar que nos distrae a todos. Además no sale bien moviendo tanto los labios. Hay que gesticular con lentitud, sostener la mirada, exagerar un poco y sobre todo no mirar nunca a la máquina.

Con todas aquellas prescripciones él se hacía un tacho. Sus poses salían forzadas, como las de todos los demás, lejos de lo que había soñado al querer hacer un arte de pasión, de entusiasmo, quizás la verdadera tragedia estaba en el alma de aquel hombre que luchaba por darle alma a la película, por no sentirse empujado como un muñeco ante el objetivo de la máquina de fotografiar.

Mientras se hacía mil reflexiones tratando de investigar, antes de preguntar al director, cual sería su psicología en las dos encarnaciones de sargento y propietario; los otros compañeros formaban animados grupos discutiendo. Unos proponían acostarse enseguida puesto que había que madrugar y otros preferían no acostarse para evitar la pereza de tenerse que levantar a la hora que más incita al reposo. Varios se convinieron en reunirse en el cuarto del imitador de

animales a jugar al poquer; y los más alegres preparaban una excursión a la orilla del río con la francesa y las otras muchachas para tocar la guitarra y declarar poesías.

—Yo—dijo el chauffeuse que alternaba democráticamente con ellos—llevaré una lata de salmón y aceitunas para comernos una ensalada.

La proposición fué acogida con entusiasmo. Solo el director no se refa.

—Las primeras actrices—aconsejó—deben irse a descansar. De lo contrario, fendirán la cara cansada y la máquina es implacable con las comisuras de los labios. Las exagera.

Muchos de los actores se acercaban a pedir detalles de *su tipo*. El sacaba el cuaderno y les marcaba la edad y la situación, pero sin dejar que se trasiuciese el secreto de la cinta. ¡Costaba tantos miles de pesetas! Había que evitar un plagio, una traición que hiciera inútil el trabajo. Así el director guardaba celosamente su argumento y consultaba las explicaciones que el autor había escrito con tinta azul, para detallar todos los movimientos, mientras que los letreros explicativos, que había de leer el público en la pantalla, estaban escritos con tinta roja.

—Bueno—exclamó al fin—. A las cuatro en punto a la orilla del río, cerca del partidor del molino.

Cuando los artistas salieron del «hotel» muchas personas se les acercaron deseosas de saber donde trabajaban al día siguiente para ir a verlos. Por temprano que fuese no les faltaría público.

Todo el pueblécillo había acogido con simpatía a los artistas. Las señoras no sentían hacia las actrices de cinematógrafo esa adversión con que suelen distinguir a las artistas de teatro. Las artistas de cine no se exhibían como las otras de un modo provocativo en el escenario y no tenían asequible para todos el misterioso cuartito perfumado de potingues que tanto atraía a sus maridos. Eran más humanas, menos temibles.

Así cuando salían a impresionar por las mañanas en las cercanías todo el pueblo iba en pos suyo.

Lós seguían la alcaldesa y la dueña de Quinta Alegre, que eran las damas más importantes, en sus coches, y la demás gente a pie. No se cansaban de estar horas y horas al sol, con sus sombrillas de colores las mujeres y sus sombreros de paja los hombres, en medio del calor sofocante.

Sin conocer el argumento ni saber lo que representaban gozaban, como en una farsa teatral viendo sus maniobras y sus disfraces.

A veces ocurrían escenas graciosas que hacían reír a todos, del asombro y los sustos de la gente aldeana que iba de un pueblo a otro y encontraba en su camino aquellos tipos extraños, vestidos de moros, de presidiarios o de marineros. Veían como las primeras actrices se disfrazaban unas veces de chichuelos picarescos y otras de damas elegantes, que corrían aventuras peigrosas en los indispensables automóviles que se persiguen por las carreteras.

En ocasiones los mismos habitantes servían para formar los mudos coros de la film. Con miedo a salir en el cine lo deseaban sin embargo y se dejaban retratar en el fondo por aquel hombre pequeñuelo, vivaz, de gran cuello blanco, que llevaba la máquina de un lado para otro sorprendiendo los movimientos de los actores y las bellezas del paisaje. Para muchos la compañía era un recurso. Un gran número de braceros y de muchachos cobraban cinco o seis pesetas diarias por disfrazarse y servirles de comparsas.

Estos habían acudido a esperar órdenes y bien pronto las últimas palabras del director corrieron de boca en boca.

—A las cuatro de la mañana a la orilla del río, cerca del partidor del molino.

* * *

No habían acabado de dar las tres y media cuando ya la bocina de los dos automóviles de la compañía, resonando delante de la puerta del «hotel» hacía acudir a todos con apresuramiento. Iban llegando medio dormidos, perezosos, cansados

unos de la larga velada e invadidos otros por el sueño aun no satisfecho. Las mujeres llegaban adormiladas, con los vestidos mal colocados, algunas a medio pintar, con los artículos de tocador envueltos en paquetes para acabarse de arreglar en pleno campo. Los automóviles tenían que dar varios viajes para conducirlos a todos al lugar elegido. Uno de los que se quedaron para los últimos fué Alfonso; salía entorpecido, sintiendo los efectos del cansancio del espíritu mas aún que el cansancio del cuerpo. El había deseado que llegase el momento de ir a impresionar al campo. Se creía que aquella falta de ambiente artístico que se le debía a lo mediocre de la ciudad. A la pequeñez del estudio aquel armazón de alambres y cristales en que se asaban de calor enmedio de las decoraciones rebuscadas. Soñaba con la grandiosidad de las enormes cosas de Italia y de los Estados Unidos en las que las compañías tenían estabilidad, se les pagaba espléndidamente y había ancho campo para llegar a la celebridad y hacer obra de arte.

Pensaba que en el campo en plena naturaleza él podría sentir aquella impresión de otras veces, aquel escalofrío del entusiasmo, aquel oído de la propia personalidad para vivir una vida superior.

Cuando llegó a la orilla del río donde esperaban los demás los vió formando grupos bajo los árboles. Una se cambiaba de zapatos, otra se vestía su traje de aldeana; la primera actriz se arreglaba el colorete a la luz de una linterna de bolsillo.

Aquello del maquillaje era un tormento. El director no está contento nunca del modo como se pintaban. El había visto como se pintaban las italianas. La Borelli se tenía la mitad superior de las orejas, la barbilla y los agujeros de la nariz de rojo oscuro; los ojos de negro, párpados y todo, y en las mejillas, aparecían chafarrinones azules sobre los pómulos, hacia las sienes, como una banda. Un rostro desfigurado, espantoso casi, que luego lucía mejor su belleza expresiva. ¡Y ellas que no se resignaban a prestarse a esa clase de maquillaje!

Varios actores dormían rendidos sobre la hierba con sus trajes de presidiarios o de soldados.

Un poco apartada de los demás vió a la francesa durmiendo con la misma tranquilidad que si hubiese estado en su cama. Tenía a su lado el corsé y los zapatos, que se había quitado para mayor comodidad, y estaba cuan larga era cara al cielo con toda su despreocupación.

Buscó con la vista a la otra primera actriz, lo atraía Margarita con su gracia algo exótica, tan espontánea, tan vivaracha. Era la única que allí sentía el arte además de él. La veía anhelar, vibrar, estrellarse también contra la vulgaridad de maniquí que les daba «el oficio». Tenía gana de que le tocase una escena con ella seguro de que el entusiasmo de la joven se le había de transmitir.

La vió enmedio de un grupo de compañeros; apenas distinguía su silueta y sus movimientos de pájaro. Se acercó al director.

—¿Me permite usted una observación?

—Dígame.

—Nos han vestido con estos trajes de rayas de los presidiarios norteamericanos y el uniforme de los soldados que nos guardan es español...

El director lo oía distraído.

—No se preocupe. Aquí es «tuto convencional». Vamos a preparar la escena. Hay que espíar los primeros rayos de luz.

Se alejó llamando a unas y a otros para proceder a la colocación y acechar el momento de la luz oportuna.

No amanecía aún. El aire no se había despertado del sueño de la noche y conservaba un color azul sombrío; color de noche, iluminado por los temblantes rayos de luz, de las estrellas que parpadeaban sobre la corriente del río. Era la madrugada piadosa, serena, con la belleza otoñal de la vida que camina para adormecer su savia en los brazos del invierno. Noches maduras, de mayor plenitud y reposo. En el profundo silencio parecían escucharse los estremecimientos de los pequeños seres cuya vida se extinguía en la noche. Aquel ambiente ejercía su influencia sobre los espíritus que se aligeraban y se sentían más felices.

Se hizo la colocación de la escena. Encima de la atarjea que cruzaba un rústico puente de medio punto se paseaba un soldado lentamente, fingiendo hacer centinela. Por debajo del arco aparecían los presidiarios, con aquellos vistosos uniformes rayados de blanco y azul, conducidos por los comitres al trabajo. Alfonso había de destacarse entre todos, estaba colocado en la tercera fila al lado de la puerta. Tenía que pasar por el sitio más visible y contemplar con amargura a una mujer elegante a quien la casualidad había llevado hasta allí: la mujer por quien mató y a la que no esperaba ver más.

Aquel arco, aquella atarjea llena de ajomates había de dar luego en el teatro, la impresión de una fortaleza antigua.

A pesar de lo intempestivo de la hora ya tenían público. Los comparsas del pueblo, unos pagados y otros de afición, estaban vestidos con trajes de presidiarios para dar la sensación de multitud.

Una vez colocados todos, el operador preparó la máquina en el sitio conveniente. Se aproximaba el instante.

Seguía siendo el aire más tenue, más inmaterial que el aire del día: todo el campo continuaba envuelto en su silencio de caricia. El azul del cielo se hacía más fresco y las estrellas parecían lucecillas que se iban apagando en él. Empezaban a distinguirse los colores, el verde de los árboles, los blancos y los rojos de las casas, pero todo aun amortiguado y confuso. La tierra empapada de rocío era blanda y amorosa y los mecía en ese ensueño feliz que debieron tener los seres primitivos.

Pero el día avanzaba con rapidez; la aurora tiñó el horizonte hacia el lugar por donde había de nacer el sol y bien pronto el crepúsculo de rosa y oro lo iluminó todo; el aire dulce y suave acentuó su color azul y el cielo se matizó de tonos delicados. Se anunciaba el despertar del campo con un gran murmullo, que hallaba mayores profundidades para resonar.

Era llegado el momento, la maquinilla del operador comenzó a trabajar, mientras el director observaba ansioso los menores gestos y movimientos.

El gesto de Alfonso al ver a Margarita había sido soberbio. Había mirado con ansiedad aquellos ojos violeta, aquellos labios de cereza ¡y aquel gesto gracioso de su risa, tan franca, tan espontánea, en la que reía todo su cuerpo, sus ojos, su nariz. Le pareció que ella lo perfumaba y lo engrandecía todo y cuando la joven tendió hacia él las largas manos pálidas y frescas volvió a sentir algo de aquella sensación que buscaba.

Pero fué preciso repetir escenas una y otra vez. ¡Siempre lo mismo! ¡Siempre en silencio! Decaía el entusiasmo, se cansaba. Se hacían interminables las horas de trabajo; sobre todo cuando llegaron ya a las escenas que se impresionaban a pleno sol. Había acudido toda la gente del pueblo y corría detrás de ellos de una parte a otra, afanándose por colocarse en los sitios desde donde se pudiera ver mejor. Los ayudantes del operador tenían que esforzarse en rechazar a los muchachos que se metían en medio de todos, y gritaba de vez en cuando:

—¡Cuidado con «la canalla!» (1)

De pronto se oyeron unos gritos desgarradores que los pusieron a todos en movimiento. Los dos automóviles habían partido a todo correr por la carretera adelante. En el primero iba la jovencita debutante que tanto entusiasmo demostró por su papel. En el otro la seguían los operadores con la máquina. Ella iba de pie, gesticulando y escitando al chauffeur a huir de supuestos perseguidores. De pronto el automóvil se detuvo y la muchacha cayó al suelo quedando inmóvil y como muerta en medio de la carretera.

Entonces la madre, aquella pobre mujer callada y sufrida, que acompañaba siempre a su hija y que parecía querer resarcirla con sus cuidados y su ternura de tener que esperar que ella ganase su pan, lanzó un grito espantoso.

(1) Los muchachos.

La farsa tan bien ejecutada la engañó para creer en un verdadero accidente y su error se comunicó de unos a otros.

A pesar de que el engaño se deshizo bien pronto costó mucho trabajo calmar a la pobre madre, que lloraba y reía a un tiempo, abrazada a su hija.

—¡No, no quiero que sigas en esto... es un aviso de Dios!... Un día te puede pasar algo... No es la primera que se ha matado... Estas gentes no tienen conciencia.

Pero el director no se ofendía. Estaba contento del trabajo. Los artistas se iban entusiasmando. ¡Si la cinematografía española tuviese dinero para mantener unida la compañía! Era asombrosa la intuición de aquellos actores. Procurando dominar su satisfacción para no darles lugar a ensorberbecerse dispuso la vuelta al pueblo. Otra vez tomaron los automóviles su cargamento de artistas pero ahora todos se apresuraban para ir en los primeros. Alfonso subió al lado de Margarita. Se sintió cohibido, sin la franqueza y la sencillez con que se habían tratado siempre.

—Ha estado usted maravilloso—le dijo el esposo de Margarita, que iba aun vestido de centinela.

—Fue la influencia de su esposa de usted ¡Si pudiera trabajar siempre con ella!

Su voz tenía un temblor extraordinario. ¿Era una confesión escapada a pesar suyo? ¿Era una galantería? Para casi todos fue una frase vulgar sin importancia, pero en los ojos de Margarita hubo un destello compasivo. No eran sus ojos vicleta de los que miran, eran los ojos que ven y comprenden. Alfonso enrojeció y tuvo que bajar la vista para no ver el dulce rojo de fresa de aquellos labios que lo obsesionaban.

* *

Aquella noche había representación en el teatro del pueblo. Los artistas mudos iban a hablar. Se había despertado en todos ellos el deseo de su arte. Cada vez que pasaban por la puerta del teatrillo experimentaban la ansiedad de la representación: Oían la llamada de los bastidores.

La idea surgió de la reunión del deseo de todos mientras estaban cenando, en torno de la mesa, con esa fuerza de las voluntades unidas que produce fenómenos espiritistas. Uno fue el medium:

—¡Si diésemos una representación!

Desde el primer momento estuvieron todos conformes. Se pediría el teatro, y cada uno pondría a contribución sus habilidades para formar un magnífico cartel. Después se repartirían entre todos a partes iguales las ganancias.

La discordia oculta entre las actrices en las escenas de cinematografía había estallado con motivo de la elección de obra.

—Yo no hago esa obra—había dicho Dolores celosa de la superioridad que en los papeles elegantes tomaba Margarita—, y eligió otra cuya protagonista había de vestir con mantón.

—No tengo hecha esa comedia y no trabajo en ella—dijo Margarita.

No había medio de ponerlas de acuerdo.

Al fin uno de los compañeros, experto en las luchas y vanidades de las cómicas encontró la manera de conciliarlo todo: Hacer las dos obras.

Era un programa monstruo que escribió uno de los actores que había sido empleado en un ministerio, haciendo gala de letra gótica, redondilla, y española.

Gran Teatro de Brenta

Gran función para el día 21 de Septiembre. En la que tomará parte toda la gran compañía cómico-lírico-dramática y de variedades que se encuentra de paso en esta ciudad.

1.º Sinfonía.

Cuarteto por los renombrados músicos Pérez, González, Gómez y Sánchez.

2.º Rosas de Otoño.

3.º Malvaloca.

En cuya representación tomarán parte las eminentes actrices señoras Dolores Sánchez y Margarita Ramos.

4.º La bellísima señorita Adela Saleri, *La Francesa*, tocará la guitarra y cantará cuplets y canciones andaluzas.

5.º El eminente bajo señor Alfonso Vidal cantará escogidas piezas de su repertorio.

6.º La encantadora señorita Lulú bailará danzas orientales.

7.º El incomparable Sanchiz, imitador de animales en la corte del rey de Grecia y saltarín del Sultán Abul-Hamid, ejecutará interesantes números de su competencia.

No se pudo hacer más que un ejemplar del cartel que se colgó en la puerta del teatro, cuando uno de los coristas se hizo cargo del billeteaje y se metió en la taquilla.

La gente hacía cola para leer este programa y las localidades se vendieron rápidamente.

Fueron difíciles los dos días en que tuvieron que preparar la función. ¡Tenían tanto que arreglar! Les faltó el tiempo para el ensayo y tuvieron que salir fiados en el apuntador, con lo cual el público tuvo el gusto de saborear dos veces la función, sabiendo ya de antemano lo que cada personaje le iba a decir.

Habían tomado su papel muy en serio para que resultase aun más deplorable.

Todas las mujeres pintadas, enojadas y compuestas en medio de la pobre decoración resultaban verdaderamente cómicas. Resaltaba la afectación al andar y al moverse, los efectos de una declamación mecánica que necesitaba oír la frase para repetirla después. Los trajes de etiqueta de los hombres recordaban los camareros de hotel. Pero el público no se fijaba en detalles. Seguía la fábula con el interés del que lee una novela.

El que menos éxito tuvo fue Alfonso cuando se adelantó serio; erguido, con el rollo de la partitura en la mano y empezó a cantar «Visperas Sicilianas».

«O patria

o cara patria.

Al fin, al fin te veo»

La gente disimulaba la risa que les producía la para ellos incomprensible música de Verdi y aquel hombre solo, gesticulando y dando gritos sobre el tablado.

Sin embargo Alfonso era feliz. Ante la sala mal alumbrada, frente aquel público sudoroso, mal oliente y peor vestido, se creía transportado a los dichosos tiempos en los cuales con aquella pieza de prueba había alcanzado sus mejores triunfos.

Se esforzaba en cantar, en dar a su voz la expresión y la sonoridad de otros tiempos. Cantaba para que lo oyese Margarita, quería que lo sintiese artista, que lo admirase, y su esfuerzo, sus ademanes, su mirada perdida como si no mirase al mundo que tenía delante sino al mundo del Arte, arrancaba sonrisas y bostezos al auditorio.

Lo que esperaba el público era el canto y el baile. Un aplauso resonó al aparecer la francesa, llevando en la mano su guitarra. Era una figura extraña, aquella mujer de cuerpo de araña zancaña, con su rígida elegancia francesa, imitando el desgaire onduloso y flexible de una andaluza. Pero era bella. Sus ojos, de un color azul tierno, de pervinca con rocío, iluminaban su blancura y sus labios rojo oscuro de mujer de amor. Se sentó, doblóse sobre su talle mucho para alcanzar la guitarra, y después del preludio entonó la copla vaga, dulce, lánguida y sentimental.

«Soñé que te daba un beso

hace lo menos un año

¡ya ves si es larga la fecha

y aun tengo dulces los labios»

El público aplaudía furiosamente. Tuvo que repetir muchas veces sus cantares.

Una pobre mujercita débil y blanca, de aspecto lechiterno y formas redondeadas apareció después.

—¡Esa es la del automóvil!

—La de la madre.

El público las conocía por sus papeles en la película.

Bobalicona, sencilla y vulgar, estaba envuelta en túnicas y gasas que a ojos vistos le pesaban y le hacían enredarse en ellas. El escenario estaba a oscuras, vestido de colgaduras negras, entre las que ella pasaba y repasaba, ya con movimientos lentos, ya con contorsiones vertiginosas. Unas veces se agitaba como epiléptica y otras movía los brazos con ondulaciones de reptil, retorciéndolos y doblando las manos como si quisiera imitar el cuello del cisne. Gracias a que la ropa era corta y el descote amplió el público aplaudió aquella caricatura de bailes sagrados.

Al fin apareció Sanchiz, el imitador de animales de la corte del rey de Grecia. ¡Así había que llevar el frac! Los faldones se movían con un aleteo como si fuesen a volar, su sombrero de copa torcido en un gesto canalla hacía por sí solo la crítica de los sombreros de copa, prenda de elegantes y cocheros, sus guantes blancos hacían recordar los calcetines, y los pies grandes se movían con un énfasis original, doblando mucho la rodilla y estirándose como los palmípedos.

Toda su cara era una mueca, una mueca irónica, de burla. Sus arrugas se profundizaban más y sus labios groseros y carnales reían de un modo procaz. Con una risa de venganza.

Cada una de sus gracias era saludada con salvas de gritos y aplausos.

—«El ruiseñor americano»—anunciaba con su acento extranjero y dejaba oír un potente rebuzno que causaba la hilaridad del auditorio. El rebuzno cambiaba de tonos. Ya era tierno, ya amenazador, ya triste, según él explicaba:

—¡Ahora está enamorado!

—¡Ahora tiene celos de su amada!

—¡Declara su pasión a la señora de sus pensamientos!

Así, por turno, gruñó como el cerdo (canario argentino) baló como el carnero, imitó el croar de las ranas y el rumor de la sierra. Donde la gente reía más sus chistes era al imitar:

—La gallina joven.

—El pollito recién nacido.

—El gallo al amanecer.

—El gallo a mayor distancia.

—Más lejos aún.

—A veinte leguas... escuchen; ¿no lo oyen?... ¿No?... ¡Fíjense! ¿Siguen sin oírlo?... Yo tampoco lo oigo... ¡Es que está demasiado lejos!

Cuando lo aplaudían obsequió al público con uno de los saltos favoritos del Sultán de Turquía, que no estaba en el programa.

Hasta los mismos actores que habían acabado de trabajar lo oían entre bastidores, sin poder contener su risa, aunque a algunos les molestase su triunfo superior al que ellos habían alcanzado.

—¿Ha venido usted también a oír al compañero?—le preguntó Dolores a Alfonso fijando en él sus grandes ojos saltones, de mirada maliciosa.

—No, señora; espero que salga el público para marcharme yo. No hay más que una salida y no me gusta pasar entre tantos imbéciles.

Así diciendo Alfonso se alejó. Apesar de su belleza sensual le era antipática aquella mujer de labios delgados y sonrisa fría que marcaba sus comisuras con una línea negra. Debía ser mala.

Se encontró frente a frente con Margarita. La joven estaba alegre, despreciada, se entregaba al espectáculo y reía con las aletas de la nariz temerosa de dejar oír su risa.

—¿Está usted disgustado?—le preguntó al oír su palabra

—Disgustado no. Desalentado—ajó él—. Causa pena sentir un anhelo noble de arte, consagrarse a él... pensar a veces que nos comprenden... y ver luego que ese público para quien se trabaja es el mismo público que ríe las payasadas, compra los libros estúpidos y se deleita con las chocarrerías de cualquier arri-vista.

La joven no comprendía aquellos sentimientos. Ella se entregaba al arte sin pensar en el arte, ni en el público, sin que pasara por su mente la idea de la gloria ni de la posteridad, con un descuido completo de todas aquellas cosas que preocupaban a los demás. Trabajaba con ardor por ella misma, por verse bella, por alcanzar el mayor grado de su belleza, que era su inmortalidad.

—No hay que preocuparse—dijo—; si pensáramos en eso no trabajaríamos.

—Trabajamos porque nos impulsa la necesidad... porque el veneno del arte nos ha emponzoñado ya... Porque nos aturdimos, nos engañamos a nosotros mismos. Cuando no creemos en nada nos esforzamos por obrar como si tuviésemos fe en todo.

Dominado por la atracción simpática que sobre él ejercía Margarita, Alfonso se olvidó del sitio en donde estaban y empezó a hablarle de todas aquellas cosas que le torturaban el alma. ¿Qué falta hacían las farsas y los histriones? ¿Era la mentira un elemento tan necesario de la sociedad que tenían que alimentarla en el arte? El arte puro, el arte noble no necesita mentiras ni ficciones. La obra es real siempre; el cómico, la representación, el arte escénico, la rebajaban y la envilecían.

Se debían cantar las óperas sin trajes, sin escenario, sin decoraciones. Bastaba para que triunfasen su propia belleza. Nada que es mentira es arte. Pero la ficción lo invadía todo y así tanta intriga, tanta mentira, tanta gloria falsa, tanto necio triunfante. Daba asco cómo todos mantenían el engaño, cómo se plegaban a lo convencional.

Se levantaban ídolos, porque de los ídolos viven los sacerdotes. Se hacían pedestales a los inútiles, porque cuanto más los elevaran mayor sombra proyectarían sobre los que los rodeasen. No había engaño. Estaban todos en el secreto de que aquellos a quienes erigían en glorias patrias eran vanos fantasmones. Se lo decían unos a otros en voz-baja, pero luego todos los elevaban para satisfacer su propio egoísmo y engañaban a la gente de buena voluntad.

—Son los sinvergüenzas los que llegan, créalo usted—repelía con acento de tristeza—. El mérito es inútil.

La joven se había puesto triste.

—¡Cállese usted!... ¡Hace daño todo eso!

—La verdad hace daño. ¿Pero qué importa? Entre toda esa multitud suele haber un buen espíritu que nos comprende, y con ganar ese sólo espíritu se consigue bastante gloria.

—¡Que están apagando las luces y nos vamos a quedar aquí!—interrumpió la voz de Dolores.

Margarita buscaba con los ojos a su marido.

—Tu Ricardo—dijo la otra—, se marchó con la francesa. ¡Como tú estabas tan entretenida, no es extraño que no lo hayas visto.

La joven no prestó atención al doble sentido de sus palabras. No era celosa, y casi se alegró de tener un rato de libertad que le proporcionaba el placer de una conversación interesante. Le gustaba hablar con aquel hombre cuya voz tenía tal acento de sinceridad que parecía salirle del corazón, y que no le decía alabanzas ni lanzaba suspiros de galantería.

Salieron a la calle, se habían apagado los escasos faroles y todo el pueblecillo estaba envuelto en la sombra. Avanzaban en silencio, como si rompiesen la sombra para ir hundiéndose y penetrando en ella, como si fuese una cosa blanda y envolvente. Dolores se había cogido del brazo de Margarita con el gesto más amistoso del mundo. Sentía el placer de estorbar.

—¿Te quieres apoyar en mí?—le preguntó el marido.

—Gracias... eres demasiado bruto y me llevarías por el sitio peor.

Se despidieron en la puerta del motel para ir cada uno a su cuarto. Cuando Margarita entró en el suyo abrió la ventana y dejó pasar la sombra que parecía venir del cielo. Tenía una inquietud extraña. Estaba desasosegada, como si la hubiesen penetrado ideas nuevas que no la inquietaban antes. Se sentía triste. ¿Era una cosa vana el arte? Por lo menos era vano el aplauso de todas aquellas gentes que aplaudían al imitador de animales.

Si había de quedar satisfecho uno de sí mismo, ¡qué difícil era el arte!

La estancia de la compañía en el pueblo se prolongaba demasiado. Empezaban a aburrirse, a cansarse de la monotonía de las cosas que les habían encantado los primeros días. La comida, que al principio toleraban bien, se les hacía insoportable y daba origen a continuas quejas. Todos los días la misma agua con fideos, la carnaza cruda y las patatas cocidas. Una comida desaborida y sin substancia. Soñaban ya con el momento de decir adiós a toda la poesía de la campaña que los había cautivado antes. Echaban de menos los cafés, los teatros, los amigos; aquella vida, repetida también, de la población y que, sin embargo, no les producía el hastío que les causaba el pueblo. Lo pintoresco les empezaba a parecer ridículo, y las gentes, que en el primer momento eran inefables e ingenuas, se les hacían solapadas, redomadas, recelosas y falsas.

—Aquí no queda más que ir a ver correr el agua del río y las gallinas que picotean en el huerto—decía el imitador de animales—; pero el agua corre siempre hacia el mismo lado y las gallinas picotean del mismo modo.

Pero el director estaba encantado del paisaje. Se esforzaba por sorprender aquellos fondos tan dulces, tan grises, tan apacibles, que perpetuó Velázquez en su *Cuadro de las Lanzas*.

—Es un paisaje plástico—decía el director—, y hay que llevárselo al teatro.

Se cambiaban escenas de la película, mantenida tan en secreto, suprimiendo unas y añadiendo otras, para aprovechar el escenario maravilloso que le ofrecía la Naturaleza. Ya habían hecho varias veces la ascensión a aquel ruinoso castillo donde había una evocación involuntaria del funesto Cabrera. Para que los arcos que aún se mantenían en pie, las fosas cegadas y los paredones derruidos pudieran aparecer en la film, se inventaban nuevas escenas. Un secuestro de la protagonista «buena» entre los sombríos muros del castillo. Los esfuerzos del defensor para encontrarla; los lazos que la protagonista «mala» les tendía y las intrigas de todos aquellos hombres puestos a su servicio.

La cinta salía cada vez mejor. Se diría que los actores principales no representaban sino que vivían el drama. La perseguida era Margarita, el defensor Alfonso; Dolores la perseguidora. Las simpatías y antipatías misteriosas habían tendido un hilo entre todos ellos que les hacía sentir algo en la realidad de lo que representaban en la ficción. Margarita y Alfonso veían, en la fábula, turbado su amor por los celos de Dolores. Ella les había ya tendido muchos lazos de los que habían salido victoriosos pero la lucha estaba entablada.

Salían las escenas maravillosas. Eran inmejorables las miradas de odio de las dos mujeres y los gestos amorosos, de un amor dulce y digno, de los dos protagonistas. La realidad misma.

Había llegado el trabajo a ser una distracción para todos. Los días que no salían a trabajar los pasaban soñolientos y aburridos sin saber que hacer. Salían de sus habitaciones para comer y volver a encerrarse en ella otra vez, hasta la hora de cenar y acostarse.

La francesa mantenía en torno de ella el ambiente de jerga y de alegría que la apartaba de las otras compañeras. Solo algunas noches cuando venía de Barcelona el caballero Caldefac se reunían todos en el café donde el célebre prestidigitador hacía sus juegos de manos. En el fondo, apesar de su orgullo de actores, todos se sentían compañeros del modesto bohemio. Todos compartían en cierto modo su vida aventurera y experimentaban como la obligación de asistir a sus representaciones y de ayudarle.

Generalmente el caballero Caldetac llegaba los sábados por la tarde en el auto-móvil que va a esperar a los viajeros a la estación del ferrocarril.

Los chicos del pueblo corrían en pes suyo con alborozo: Era bajito, muy gordo, con el rostro cercado por los pliegues de grasa que subiendo de la colgante papada le formaban marco; el cogote con molletes de carne formaba prominencias y hondos surcos, los ojos escondidos entre las pliegues de los párpados, la cabeza pelada marcaba la diferencia entre ella y la frente porque la faz era colorada, aplopéctica, y la calva blanca y lúciente.

Lo que le daba más aspecto cómico era, además del enorme tamaño de su cabeza y lo ancho de sus hombros, su enorme barrigón, y su torso abultado y colgante que se mecía sobre las piernecillas cortas y flacas. El gesto de la boca, sumida, en el que se reproducían las comisuras de los labios en semicírculos concéntricos, que se iban agrandando, daba a su risa algo extraño como si la risa se le extendiese por toda la cara como se extienden los círculos por el agua cuando se tira una piedra. Le daba un aspecto grotesco.

Con el aire de buen hombre que tienen los hombres gordos se atraía las simpatías de todos. El café se llenaba para ver sus juegos. Era gratuita la entrada. Ni siquiera se exigía tomar algo.

Se instalaba en un ángulo del café, colocaba en una mesilla los vasos, pañuelos y baratijas de que se había de servir en la función y allí mismo, a la vista de todos, con una limpieza verdaderamente admirable, convertía los pañuelos de un color en otro; desataba los nudos que se habían amarrado en su presencia. Causaba la admiración por sus chistes, sus rápidas y prontas respuestas, sus originales salidas. Mas a pesar de tantas admiraciones, cuando se acababa el juego y el pobre hombre cogía una cajita o un abanico para rifarlo los asistentes empezaban a desfilar. Quedaban solo los conspicuos del pueblo. La rifa era en papeletas de cincuenta céntimos. Así que había vendido la mayoría de las papeletas el buen hombre decía:

—Quedan cincuenta papeletas. Los hago lotes de veinticinco. Primer lote, ¿Hay quien de dos pesetas?

Unas veces le entregaban la cantidad pedida, otras se pujaba.

—Yo doy tres.

—Yo cuatro

—Cinco.

—Ocho.

Sonreía contento cuando veía subir las pujas. Esto le sucedía más amenudo ahora, desde que estaban allí los artistas. Se sentían todos llenos de compasión hacia él, una compasión en la que iba envuelta la piedad hacia ellos mismos. Miraban con temor una imagen de su vejez en la vejez de aquel pobre histrión que iba de pueblo en pueblo divirtiendo a las gentes para ganar su pedazo de pan. También el caballero Caldetac había sido actor en su juventud y hasta decían los que lo habían conocido que tuvo días de triunfo. El fantasma de la vejez que él evocaba aterraba a los artistas. La vejez para ellos era el anticipo de la muerte, desolada; fría, sola, grotesca. Obra de la juventud la vejez responde con lógica a lo que ha sido la vida. Una vida vana, frívola, inútil, inconsciente, sin crear afectos sólidos, sin precaverse de la miseria, creaba aquellos tipos. Así los artistas pujaban, sentían deseos de socorrer la miseria que, de cierto modo, era su propia miseria.

Aplaudían al vencido en la lid artística para darle una ilusión de triunfo. ¿Acaso no los aplaudían a ellos del mismo modo! Todos se refugiaban en el arte mudo. Aquel al menos no los inutilizaría haciéndoles vivir una vida falsa entre bastidores. Cada uno quedaría en su sitio protagonista o comparsa, pero se perpetuaría con vivir solo una vez su escena sin tenerla que repetir continuamente con las mismas palabras, con los mismos gestos, con las mismas risas hasta convertirse en polichinelas que tuviesen su disco de gramófono en el vientre para hablar y moverse siempre igual. Para ese oficio sobraba el cerebro y era hasta natural que se les atrofiase.

Quizas el que más sentía aquella tragedia por su temperamento tan sensible era Alfonso. Una voz le decía en su interior: «Ya no eres joven, has fracasado en la ópera, si fracasas aquí también, viejo, pobre y solo... ¡Ya puedes aprender a hacer juegos de manos para irte por los pueblos si es que no tienes valor para pegarte un tiro.» Entonces el sentimiento de la propia conservación se unía a su anhelo de arte. Algunas noches no dormía pensando en su creación. La posse original que el deseaba tener; la personalidad que había de distinguirlo de la multitud. Apesar de sus esfuerzos Alfonso no hallaba la posse tan perseguida. Hasta temía llegar al amaneramiento, a lo afectado, a lo ridículo si lo buscaba cerebralmente, en falso, sin sentirlo.

¡Era tan difícil sobresalir de la multitud! Todos se creían capaces para ser artistas de cinematógrafo cuando era quizás el arte más difícil. No había padre que tuviese un hijo memo, o con cara de idiota que no pensase que tenía un admirable Charlot.

Toda mujer se creía una Bertini sin revelar. La Bertini, más estatua que mujer ejercía mayor influencia sexual sobre las mujeres que sobre los hombres. Eran las mujeres sus mayores apasionadas. Con frecuencia recibía la empresa cartas de damas españolas o americanas preguntando si por la afinidad del arte podrían darle la dirección de la Bertini. Cartas enamoradas que causaban risa y compasión. Deseaban con ansia saber donde estaba y qué hacía la divina Francesca. ¡Tener un autógrafo suyo! Hasta alguna hablaba de realizar su fortuna e irse a vivir donde pudiera verla. ¡Verla o suicidarse!

Era aquella una cosa muy extraña y un triunfo que deslumbraba a todas las actrices. Su último contrato en Norte-América le aseguraba dos millones por cinco años de trabajo ¡Oh! ¡Ser una Bertini! ¡Ser un Charlot! Parecía el ideal supremo de los artistas ¿pero cómo lograrlo? Los artistas españoles no tenían fama en el cinematógrafo y sin embargo poseían un valor real. Alfonso culpaba de esto a la pobreza con que se hacían las cosas en España.

—Aun estamos en los tiempos en que la gente se contentaba con tener seguros los garbanzos del cocido y no deseaba más. Viven miserablemente por no gastos y los capitalistas si no hacen como las viejas de pueblo, que esconden sus ahorros en el fondo del arca, dentro de un calceñín, los meten en la caja del banco. ¡Nada de arriesgarlas en empresas ni en proteger a los demás! La avaricia, el ahorro. Tengo horror a los hombres metódicos y de orden.

Otras veces sus pensamientos tomaban rumbos diferentes.

—¿Qué se ha de poder hacer aquí con estas gentes de cabezas vacías? Tienen razón los capitalistas en no exponerse. No hay ingenios, no se escribe una película de arte; nada original. Todo plagios, todo repeticiones, diversos modos de las mismas escenas. Así ¿quién es capaz de sentir nada si todo son ridículos?

Pero su indignación, dentro de su carácter dulce, no tomaba jamás tonos bellacos. Se le tornaba melancolía, tristeza que agrandaba sus ojeras y hacía lucir en los ojos grandes y cansados la luz de la fiebre.

Margarita lo miraba con simpatía; buscaba las ocasiones de hablar con él, con el mismo empeño que Alfonso ponía en evitarlas.

—¡Si yo la hubiera conocido soltera!—pensaba él a veces.

Le parecía que aquella gracia aturdida de la joven hubiera sido un contrapeso de su carácter concentrado y falto de iniciativas. Ella lo hubiera impulsado, le hubiera dado energía y aliento. Una mujer capaz de sentir el arte era un tesoro para un hombre como él. Podía hacer de ella su discípula, moldearla a su imagen, y recoger en ternura el fruto de su esfuerzo. Ese hubiese sido el único medio de ser feliz. De tener a su lado un ser que lo comprendiera.

Pero bien pronto su espíritu analítico y pesimista despertaba:

—¡Bah! Si Margarita fuese soltera quizás no me hubiera interesado. Además, ¿Qué le puedo yo ofrecer a una mujer?

Se sentía condenado irremisiblemente a la soledad y al abandono si no lograba realizar el anhelo de arte que había destrozado su vida.

Así sentía deseos de marcharse de allí donde tanto había deseado ir. Lo idílico

del campo le inclbaba al idilio, despertaba afectos peligrosos, aquel enamora-
miento que empezaba a hacerle sufrir y que se desvanecería en la ciudad, en las
aventuras fáciles a las que no era aficionado pero en las cuales caía fatalmente
de vez en cuando.

Además la vida de descanso, de reposo, que despierta tanto la vida interior no
pueden permitírsela más que los felices. Para los que sufren es mejor lo externo,
lo que aturde y distrae el pensamiento de su propia contemplación. Envidiaba a
los compañeros que aún sacaban partido de su tedio en sus alegres meriendas;
sus bailes y sus giras por los alrededores, con la francesa y sus amigos. En este
estado la noticia de que se iban a impresionar las últimas escenas fué acogida
con júbilo por todos.

Se esperó el día de sol. La escena culminante se impresionaría a las ocho de
la mañana. En la hábil combinación de luz y sombra que graduaban los directores
era el momento mas apropiado.

Desde muy temprano los automóviles empezaron su tarea de conducir a los
artistas al lugar elegido por escenarlo. La gente del pueblo se agolpaba a verlos
partir, pesarosos todos de no poder seguirlos por la gran distancia a que se en-
contraba el sitio designado. Era muy lejos, más allá del castillo. En plena monta-
ña. Ya llevaban una docena de días reconociendo el terreno para hallar el lugar
apropósito y que pudiesen andar las actrices entre los peñascales. Tenían que
figurar saltos arriesgados, caídas peligrosas, una multitud de ejercicios que rea-
lizaban lentamente, sin peligro alguno y que luego asombrarían al público al apa-
rerer en la pantalla gracias a la rapidez que les daba el operador. Pero sino peli-
groso era difícil para gentes de la ciudad, sobre todo para las mujeres de pies de-
licados, andar por las breñales y la roca viva, cuyas asperezas les desgarraban
vestidos y calzados. La torpeza con que andaban, el apoyo medroso que les pres-
taban las manos heridas al tocar las malezas y los guijarros, todo prestaba luego
un aspecto mayor de «verismo», ese «verismo» más ardentemente buscado cuanto
más se apartaban de él y se hacía más falsa y más engañosa la posse.

Les divertía a todos ver los gestos de asombro de los ingenuos aldeanos que
encontraban por el camino admirados de su rara indumentaria.

Dejaron los coches y se internaron en el monte andando con lentitud y sentán-
dose a descansar cada cinco minutos. Era difícil y penoso el camino cuesta arri-
ba y formaba un espectáculo extraño la larga caravana abigarrada en aquella so-
ledad, en aquel terreno abrupto, casi inexplorado, donde solo penetraban audaz-
mente los pastores que apacentaban los grandes rebaños de carneros, ovejas y
cabras. Aquellos pobres hombres medio salvajes que crecen y pasan la vida en la
montaña, sin trato casi con los otros hombres, en una completa soledad, frente
siempre a la naturaleza, que no los impresiona más que a las gentes de la ciudad
las cuatro paredes enjabelgadas de su cuarto. La soledad atrofiaba sus ideas;
sus palabras se hacían tardas. A veces pasaban meses enteros sin oír mas voz
que la suya propia cuando para satisfacer una instintiva necesidad de hablar diri-
gían la palabra a sus carneros. Las bellezas del cielo no las miraban más que
para que les sirviesen de reloj. La hora de sacar a pastar el ganado la de llevar-
lo al abrevadero, la hora de sestear cuidando de darle la vuelta para evitar que
se «alobaden» de estar echados y venga esa enfermedad del bazo que diesma los
rebaños en pocos días, y la hora de ir a encerrar. El interés por el ganado se
sobreponía a su propio interés. Si miraban la belleza del paisaje era solo para
ver si el pasto era más abundante o más fresco, y si se fijaban en los accidentes
lo hacían obligados por la necesidad de no salir del terreno ralengo o de los ri-
ciales y no incurrir en las multas que caían sobre ellos cuando una res entraba
en propiedad ajena y causaba algún destrozo.

Cada grupo se dirigía al sitio que debía ocupar.

Tenía que aparecer Margarita encerrada en una cueva que guardaban los
apaches y escaparse de ella mediante titánicos esfuerzos

Alfonso, que iba en su busca encontraba a Dolores. Ella llevaba a su ánimo el convencimiento de la traición de la que amaba a él en lugar de prestarle auxilio, al verla aparecer para echarse en sus brazos sacaba el puñal y la amenazaba. Tenía que hacer ella un gesto de sorpresa y espanto y retroceder por instinto. El la perseguiría con la duda de si aquel gesto era el de la inocencia sorprendida o del criminal descubierto. Luchando entre el odio, la venganza y el amor levantaba el brazo...

Pensaba Alfonso con fruición en aquel momento. Podía ser «su» momento. El instante en que se revelara como deseaba con todo su entusiasmo.

Después de impresionar las escenas de conjunto avanzaron solos el director y el operador con Margarita y Alfonso. Era una de las escenas más difíciles. Cuando llegaron al sitio elegido, cada cual se colocó convenientemente. El operador y el director prepararon la máquina y Alfonso quedó cerca de ellos. Empezaron a impresionar las escenas de Margarita sola. Estaba tan inspirada, que no les dolía gastar en ella metros y metros de película. Encerrada entre aquellas rocas por sus perseguidores, la joven lloraba, se desesperaba, iba de acá para allá en su cárcel en el colmo de un delirio doloroso. Con un esfuerzo sobrehumano logró al fin trepar por la roca; llevaba los vestidos desgarrados, el cabello en desorden, las manos sangrantes; sudorosa, descompuesta, anhelante, viéndose como se levantaba su pecho falto de aire que respirar, trepaba por las piedras y echaba a correr a la ventura, volviendo el rostro, en el que se pintaba el temor de ser perseguida. ¡Qué hermosa estaba!

Entonces avanzó Alfonso, pero cuando ella corrió a su amparo, en vez de acogerla la rechazó brutalmente. Margarita suplicaba a sus pies. Al fin él la abrazó, pero no con un abrazo de amor, sino con un abrazo siniestro, de rabia...

El director estaba entusiasmado y miraba lleno de asombro, ¡aquello era magnífico!

Alfonso se sentía dominado por la ficción, había «encarnado». La idea de que era la última escena que hacía con aquella mujer cuya belleza tanto lo turbaba, le hacía sentir la rabia celosa del protagonista. La iba a abrazar, la iba a estrechar contra su pecho, ¡la iba a matar! Estaba sobrio, magnífico, poniendo en su gesto toda la emoción de su alma, en una mímica maravillosa.

Margarita estaba sugestionada. Sentía de verdad el miedo, la admiración y hasta el amor por aquel compañero terrible que tan bien sabía expresar su emoción. Ya ninguno de los dos trabajaba en falso. Era un momento aquel solemne, trágico, culminante que los unía en su abrazo. El puñal brilló en la mano de Alfonso... Entonces se escuchó un grito terrible. Un pastor aparecía saltando entre las peñas; llegó en pocos momentos cerca de ellos. Antes de que nadie hubiese tenido tiempo de darse cuenta de su presencia, clavó la faca que llevaba en la cintura en la espalda de Alfonso.

Aquel hombre semisalvaje había tomado por realidad la ficción.

El drama representado con tanta verdad, en plena naturaleza, lo sugestionó, y al ver el puñal en manos de Alfonso, no pudo contener su natural impulso. ¡Era menester salvar aquella divina mujer!

El artista unió a su gesto supremo de amor el espasmo de la muerte. Había llegado al límite de su arte.

Y aquel gesto tan buscado, aquel gesto sublime, aquel último gesto, quedaba fotografiado, perdurable, porque en medio de su estupor, el operador, mecánicamente, había seguido impresionando las placas

García de Vargas
Colombiano



La mejor surtida en novedades y la más económica en relojería, joyas y óptica.—**La Vasco-Castellana**,—**Fernando VI. 9.**

Evita el dolor de muelas

DENTALINA

Perfuma el aliento

DENTALINA

1,25. Alcoholera, Carmen 10

PRENSA POPULAR

Administración: Calvo

Asensio, 3.-Apartado 498.

MADRID

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.

Economía, por la duración.

Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, 11.-Madrid

Es lo mejor. La ciencia tiene demostrado que la caída del cabello es debida generalmente a enfermedades de las raíces capilares o bulbos. Usando **La Flor de Oro**, evitaréis esas enfermedades y tendréis la cabeza y el cabello sanos y conservaréis su color.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

La novela TEATRAL

publicará mañana domingo

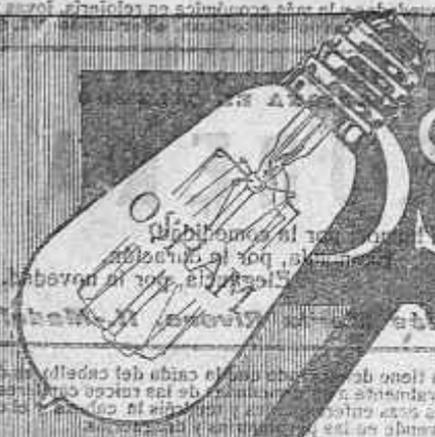
Los sobrinos del Capitán Grant

novela cómico-lírico-dramática en cuatro actos, original de

MIGUEL RAMOS GARRIÓN

VEINTE céntimos

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA



OSRAM



La lámpara
OSRAM

no es la más barata

que se presenta

en el mercado,

pero es la

mejor.

CONCESIONARIO
PARA ESPAÑA

LEÓN
ORNSTEIN
MADRID

MARIANA PINEDA S.

CONCESIONARIO:
PABLO ZENKER
Sucesor de León Ornstein

MARIANA PINEDA S.
MADRID

Compras y Ventas de **PIRELLA POPULAR**

de la Agencia de La Novela Coisa. La Fovola Central y Zeno. - Antonio Patriciano, 1, y Calvo Asensio, 3. Madrid.